

UN TRIBUTO A BETTY KINGMAN WITHERS

POR PABLO HOFF, SU MARIDO

Doy gracias a Dios por la ayuda idónea que Él me dio hace 49 años. Puesto que yo era un ministro del evangelio y profesor de teología en aquel entonces, oré al Señor que me proveyera una esposa que no sólo fuera una compañera cariñosa y apropiada sino una que tuviera un ministerio complementario y espiritual.

Betty cumplía a la letra mi petición. Era una compañera afectuosa, una incansable obrera cristiana y una consejera sabia. Se destacaban su constancia y responsabilidad entre sus muchas virtudes. Nunca fue envanecida por los logros extraordinarios ni desanimada por oposición a contratiempos, más bien, se quedaba serena en todas las circunstancias. Como el gran misionero apostólico del Nuevo Testamento, había aprendido a estar contento en cualquiera situación en que se encontraba. Aún cuando estaba indefensa en la cama sufriendo limitaciones mentales, a causa del daño a su mente, se quedaba tranquila.



Por esto y su dulce disposición, las enfermeras que le atendían le querían mucho y tres de ellas aceptaron a Cristo como su Salvador. A través de su enfermedad, por lo menos seis mujeres y un hombre fueron convertidos.

Mis últimas palabras a ella no son “adiós, adiós para siempre” sino hasta pronto mi amor. En poco tiempo nos veremos en la casa del Padre celestial que tiene muchas moradas.